



## CAPÍTULO DÉCIMO-CUARTO

Política interior francesa desde la muerte del Rey hasta la insurrección de Mayo.

LA revolución aventó, como pudiese aventar un apagado montón de cenizas, trono, clero, patriciado; todo lo que representaba la histórica unidad francesa. Y aunque aquellas ideas, con que la revolución sustituía los institutos derruidos, eran ideas celestes, ¡ay! los procedimientos, los medios, los métodos de cambiar el ideal antiguo por el nuevo ideal, eran de caracteres infernales. La Convención, ejerciendo un despotismo nunca igualado; el municipio entre la Convención y las muchedumbres, en torpe dictadura, indefinida é indefinible, sin límites conocidos y sin concreción alguna; los clubs en delirio continuo, generador de anarquía irremediable; los partidos en guerras feroces, las cuales determinaban holocaustos cruentos; el ejército, por sus generales traicionado; el pueblo en mil fracciones dividido; la guillotina y el verdugo permanentes; los que fundaran la República más irreconciliables entre sí que con los monárquicos y más calumniados unos por otros que fueran antaño la corte borbónica y los caballeros del puñal durante las horas clásicas de su poder y de su fortuna; el estruendo de la guerra civil aquende las fronteras y allende las fronteras el estruendo de la irrupción universal; el desarreglo colectivo del sistema nervioso en aquella sociedad epiléptica, eran bastante para que todos á una desesperasen de lo porvenir y todos á una reconociesen que aquellos males no tenían en lo humano fáciles y naturales remedios. Por un momento los republicanos aparecieron unidos. La muerte del Rey los conmovió á todos en término de presentarse ¡cosa inverosímil! jun-

tos como una piña y olvidados de sus antiguos rencoras. Los funerales de Lepelletier fueron una sublime y casi religiosa festividad laica, reuniendo toda la Convención en torno del despojo de aquel mártir y alcanzaron que los presidiese para su gloria y honor el verbo de aquella época, el inmortal Vergniaud. Desarraigada la realeza, guillotinado el Rey, la negación de lo antiguo quedaba completa y en el espacio escrita con letras y fórmulas de sangre. Mas no sucedía lo mismo á la grande afirmación, que debía sucederle, pues en ella no estaban todos de acuerdo, reinando sobre los espíritus la misma triste anarquía y el mismo continuo desorden que reinaba sobre las calles y sobre los campos. La escuela girondina deseaba lo mejor, lo más acertado en tiempos normales: una república conservadora, tan semejante á la monarquía constitucional, cuya personificación acababa de morir, que no se notara casi el cambio, y los franceses creyeran bajo leyes novísimas vivir con sus viejas creencias y con sus seculares costumbres. Como en el orden matemático la línea se compone de una serie de puntos y la eternidad se compone de una serie de instantes; en el orden político la Historia se compone de una serie de términos, en que los más próximos deben ser también los más análogos. Así estaban en lo cierto cuantos pretendían una república conservadora y gubernamental en sustitución de una monarquía parlamentaria, si las evoluciones lógicas precedieran al cambio de régimen político en Francia. Pero no estaban en lo cierto, cuando pretendían mantener esta lógica en medio de una revolución, y de una revolución desbordada. Plantad un almendro ó un viñedo en la falda inferior del Vesubio y os dará frutos riquísimos; plantadlo en la cima y el horno encendido de aquella erupción incesante los devorará con el exceso de su calor entre las llamas de su fuego. Francia no podía pasar de una República, en que todos los franceses tuvieran iguales derechos civiles y políticos, pero en que la clase arriba elevada por la selección de los comicios y de los Parlamentos gobernase dentro de un gobierno amovible y responsable, como no podían gobernar entonces las pobres muchedumbres, y sobre todo muchedumbres encorvadas todavía bajo el peso abrumador de su antigua esclavitud. Mas los montañeses no querían esto, no querían el ideal mitigado de los girondinos; parecíanles á todos ellos sin excepción los productos de las selecciones propuestas por sus enemigos una terrible oligarquía, mucho peor que los viejos patricios y que los viejos patriciados; pidiendo en su insania para las muchedumbres, no solamente la natural libertad política y la justa igualdad civil, el sufragio en los comicios y el derecho en todos los ciudadanos á ser elegidos para la representación nacional y por la representación nacional para el gobierno; pidiendo el gobierno y jefatura de todos los franceses directamente para las muchedumbres, entonces en delirio.

No había progresado Francia con calma y seguridad bajo una línea recta de lógicas evoluciones; había dado un salto mortal, y un salto mortal en las tinieblas. Cuando por el arroyo se recogían los regidores dictatoriales para la endiosada municipalidad; cuando los

últimos representantes de la plebe empuñaban en sus manos las picas y los fusiles de la revolución; cuando surgían de las Asambleas primarias los diputados del Parlamento; cuando asociaciones formadas por el aluvión general, como los jacobinos y los franciscanos, pretendían arrojarse la dirección de todos y de todo; cuando las secciones municipales se hallaban en sesión permanente disponiendo de París á su antojo; cuando hablaban más en la barra los simples ciudadanos que en la tribuna los legítimos legisladores; cuando el derecho de petición se había convertido en fuerza de imposición; cuando nadie sabía donde se hallaba el gobierno compuesto por comisiones anónimas del Congreso; cuando se fundaban tribunales extraordinarios por no servir para la persecución de los enemigos del nuevo régimen los tribunales ordinarios; nada más utópico, nada más lejano de la realidad viva, nada más contrario á las circunstancias, que la fundación de un gobierno selecto, muy oportuno en todas las ocasiones regulares y consuetudinarias de una sociedad puesta sobre su asiento, pero inoportuno en medio de aquel diluvio, bajo cuyas cataratas nada se podría fundar, si las aguas no retrocedían en sus inundaciones y no se presentaban tierras secas y firmes en cuyos espacios levantar instituciones de orden verdadero y de larga duración. Reinaba grande actividad en Francia; pero actividad tumultuosa. Había en Francia mucho patriotismo; pero patriotismo sujeto á una epilepsia incurable. Los franceses, como aquellos inspirados milenarios de la Edad Media que soñaban con el reino directo de Dios, también soñaban á una con el reino directo de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad; pero sin saber el camino, por donde podían al cumplimiento de su ideal acercarse, y escogiendo los medios más expeditivos, más tradicionales, más accesibles á sus manos, los medios del despotismo. Así aquellas inteligencias aparecían como átomos, aquellas opiniones se hallaban entre sí en una guerra perpetua, sin que nadie supiera cómo compaginar su creencia individual, su derecho individual, con los derechos indispensables y las facultades ingénitas á todo Estado y á todo gobierno, ya sean el Estado y el gobierno una República, ya sean una Monarquía. Pero, como nada tenía uniformidad, ni las creencias, ni las opiniones, ni las escuelas, ni los partidos; el espíritu francés pasaba por una de esas operaciones químicas, en que los átomos se volatilizan por todas partes, antes de llegar al enfriamiento y de componer una sólida cristalización. Afortunadamente había entre aquel atomismo de los individuos, tendiendo por fuerzas centrífugas á la disolución, otras fuerzas que tendían de suyo á la unidad. Y estas fuerzas se necesitaban más que nunca tras la muerte del Rey, porque la muerte del Rey acababa de llevarse consigo el símbolo más genuino de la vieja unidad francesa, el símbolo de una monarquía tradicional é histórica. En verdad si Francia se fraccionaba entonces, desaparecía Francia para siempre, dados sus innumerables enemigos exteriores; y si no desaparecía Francia por un milagro, desaparecerían la República y la libertad, convictas y confesas de no haber podido salvar la unidad nacional. Por una intuición colectiva, los revolucionarios más

exaltados advertían que se hallaba el mayor peligro de las nuevas instituciones en el quebrantamiento de la unidad territorial, base inmovible de la unidad nacional. Por eso nada sacaba tanto de tino á los revolucionarios más exaltados, como que la unidad nacional pudiera quebrantarse, ya por las facciones interiores, ya por la irrupción extranjera. Y cuando querían tras la muerte del Rey, bajo el dominio de las facciones que tiraban á una perdurable guerra entre sí, en medio de aquel aquelarre donde combatían tantos principios contradictorios y tantos factores contrarios, perder á un estadista, le llamaban federal, ó sea enemigo de la unidad francesa, lo cual era tanto como llamarle también enemigo de la República y enemigo de la patria.

La cuestión del federalismo no podía menos de surgir y presentarse de suyo en momento tan crítico y cuando todos los espíritus se hallaban embargados por el problema de la nueva organización social. Cambiándose la naturaleza del Estado como se cambiaba; surgiendo como surgía novísima forma de gobierno; el espíritu público estaba en el caso de discutir, y discutir con empeño, cuál organización interna convenía más al recién establecido gobierno, si una organización unitaria á una organización federativa. Y en este gran embargo del espíritu público, se presentaban al juicio general todos los institutos propios de una sociedad bien organizada. El derecho individual y personalísimo, la mejor distribución de la justicia, el mejor medio de generar los gobiernos, la índole propia del municipio, la índole propia del departamento, la índole propia del Estado, los recuerdos históricos de las antiguas regiones, los resultados prácticos de la reciente división territorial, todo, aquello que podía interesar al organismo interior de Francia, se discutía, y al discutirse, chocaban las ideas opuestas como chocan las nubes magnetizadas por electricidades contrarias, y á cada paso, por el calor propio de aquella tempestad continua, estallaban tormentas, las cuales, obscurecían el cielo y desconcertaban hasta en sus cimientos la tierra. Nada más natural que, al discutirse una constitución por completo separada de los antiguos moldes, también se discutiese la preferencia por unos de la idea unitaria, con la preferencia por otros de la idea federal. No fué nunca esencialísimo á la República, cual quieren los federales nuestros, la idea de federación. El federalismo atañe y concierne principalmente al carácter y temperamento administrativo de los pueblos, no al carácter político. Puede haber una República muy unitaria como lo fuera siempre la República francesa; y puede haber una monarquía muy federal como lo fuera siempre la monarquía rusa. Hubo un equívoco tremendo en toda la revolución aquella. Los unitarios creían la descentralización federalismo y el federalismo desmembración de Francia; los federales creían la unidad una forma despótica y una continuación perenne del antiguo régimen. El mejor acierto estaba en juntar los departamentos con París, como se juntan los miembros del cuerpo con su cabeza, y juntar París con los departamentos como se junta la cabeza con los miembros del cuerpo. Mas nunca llegaron á entenderse departamentos y capital en toda

la revolución. Los partidos no eran sustancialmente federales, ni sustancialmente unitarios. No querían los unitarios que París creciese hasta suprimir los departamentos; ni querían los federales que creciesen los departamentos, hasta suprimir á París. Los montañeses peleaban por la capital, creyendo su esplendor y su poder indispensables á Francia. Los girondinos peleaban por los departamentos, pero sin querer daño ninguno para la unidad francesa, pues todos los revolucionarios estaban en la idea de que se debían obedecer las leyes naturales del universo, y que estas leyes en el universo compenetraban la variedad como la unidad. Lo que había de tristísimo era que, cuando París por excepción, alguna vez hacia los girondinos propendía, éstos pasaban por unitarios y cuando propendían los departamentos á los montañeses, pasaban éstos por federales, sin que sistemáticamente fuesen ni unitarios los unos, ni federales los otros. Mas en París pasó entonces lo que pasa en todas las grandes ciudades por las épocas revolucionarias; los más exaltados y perdidos de cada pueblo; los que desean ocultar en las entrañas de una ciudad inmensa un deshonorado nombre; los que todo lo intentan y exageran; pescadores en agua turbia, esperando su fortuna de tantos juegos como el azar trae á las crisis febriles de un período desordenado; reuníanse allí en los antros de la capital y dábanse á poblar los alrededores del Congreso para producir manifestaciones tumultuarias; las tribunas en cada sesión importante para sostener á los demagogos; los clubs en cada febril acceso para impelerlos á sus desvarios y á sus desatinos; siendo ellos los que tocaban á rebato la campana del municipio y á generala el tambor de la milicia, hasta el punto de hacer imaginar á las muchedumbres que desde las alturas del Panteón Nacional á las alamedas de los Campos Eliseos, toda la gran ciudad se parecía en forma y fondo á la volcánica y convencional Montaña.

París había prestado servicios inenarrables á la República. Sin sus salones literarios y científicos, donde aprendían las viejas clases patricias los nuevos ideales políticos; sin sus asambleas al aire libre, asambleas improvisadas como las que reunían en los jardines del Palacio Real y del mismo Luxemburgo; sin sus clubs, aunque adolecieran de febriles y exaltados; sin sus voluntarios de la libertad que tanto contribuyeron á la victoria de Valmy; sin sus manifestaciones continuas contra la supremacía cortesana y á favor del derecho novísimo no estallara la revolución y no viniera la República. Su espíritu forondista se impuso al asiático Versalles; su fecundo verbo infundió por doquier en el espíritu de las muchedumbres la buena nueva. París combatió las maniobras borbónicas, tan traidoras y nefastas que acumulaban tropas y más tropas en aquellas cercanías para en su nido y en su huevo aplastar los Estados generales; París impulsó aquel movimiento popular que diera su escarapela tricolor á todos los liberales del mundo; París expugnó y rindió la Bastilla; París trajo de los sitios reales á los Reyes para que no pudieran conjurarse como se conjuraban en sus antiguos palacios campestres contra la libertad; París contribuyó

muchísimo con sus imposiciones colectivas á que no pudieron pasar los fugitivos de Varennes la frontera y no pudieran traer aquende el Rhin la coalición realista; París llevó su entusiasmo hasta promover la revolución del diez de Agosto, rompiendo al penetrar en el santuario de la tiranía todos los antiguos ídolos y ahuyentando todas las supersticiones antiguas para que pudiesen establecerse y triunfar la democracia y la República; mas París también había exagerado el espíritu republicano empujándolo á la dictadura y al crimen. Sus lecciones que dieron á la Montaña su cumbre, designando para la Convención los primeros jefes de la izquierda; su ayuntamiento erigido en arbitraria dictadura y rodeado de carniceros sicarios; sus luchas y perfidias con el Parlamento mandándole á la tribuna y á la barra vociferadores que perturbaban todos los debates y pedían los más desacordados acuerdos; sus matanzas de Septiembre, matanzas inolvidables porque macularon la santa libertad con indeleble mácula de sangre; sus perturbaciones continuas que llegaban hasta el saqueo y el incendio; sus visitas domiciliarias rompiendo la inviolabilidad del hogar y resucitando el inconcebible anacronismo de los espías y esbirros venecianos; el continuo desorden de sus nervios desarreglados y la continua violencia de sus músculos, produjeron una reacción patente contra su tradicional supremacía, y en esta reacción entraron como principales factores aquellos pobres girondinos tan republicanos que perdieron en la demanda su honor y su vida. Nada tan peligroso como las irresoluciones en política. Los girondinos, á pesar de lo profundamente arraigada que tenían su colectiva opinión en contra de los muñidores parisienses, nunca se atrevieron á perseguirlos de frente y á desautorizarlos con su desautorización irrevocable. Perplejos, la perplejidad los condujo á muchos actos dobles, que, siendo en el fondo sinceros, aparecían en realidad engañosos. Así, cuando la Convención tomaba medidas radicales contrarias al sentimiento girondino, aquellos cuitados, con mayoría para impedir las, no las impedían, y amén de no impedir las, como estaba en sus deberes más rudimentarios, encargábanse de realizarlas pensando todo lo opuesto á cuanto pensaban los que las habían dictado. Así no hubo disposición radical del radicalísimo Parlamento, la cual no encontrase para su ejecución un comité girondino, encargado de cumplir en la práctica lo que repelía en sus creencias y en sus doctrinas. De aquí traiciones y equívocos innumerables; incertidumbres asesinas; complicidades inconscientes é indeliberadas, ya con los reaccionarios, ya con los montañeses; fomentos de odios en París contra las provincias y fomento de odios en las provincias contra París, que dañaban á todos los republicanos en general, mas en particular precisamente á los indecisos, á los irresolutos, á los perplejos, á los inciertos, á los infelices girondinos. De aquí un odio mortal de la Montaña, quien se entretenía en azuzar al pueblo contra sus enemigos y alcanzaba la impopularidad de éstos, sin más trabajo que patentizar las contradicciones en que caían por sobra de doctrina y por falta de voluntad.